

ESPAÑÓLES Y EMPRESARIADO EN EL NORTE DE MÉXICO. LOS PAPELES DEL VASCO JOSÉ SAN ROMÁN

Mario Cerutti*

ENTRE VISCAYA Y EL BRAVO

José San Román y Palacio, cuyos papeles se encuentran depositados en Austin, era de origen vasco. Nacido alrededor de 1823 en las cercanías de Bilbao, siguió en su juventud el camino de centenares de compatriotas y paisanos: viajó al continente americano para adiestrarse en actividades mercantiles en casas ya establecidas.

Tras una breve estancia en Nueva Orleans, que era ya un importante puerto sureño, se instaló hacia 1846 en Matamoros, en la boca del río Bravo. Aunque sus tareas iniciales en esta pequeña población mexicana estuvieron conectadas a la casa Thorn Grath and Co. de Nueva Orleans, desde mayo de 1847 se anunció en el *American Flag* de la misma Matamoros que San Román estaba a cargo de una tienda de prendas de vestir. Quiere decir que, con no más de 25 años de edad, el vizcaíno vivió su primera gran experiencia mercantil entre el Golfo y los desiertos mexotexanos: la guerra entre México y Estados Unidos.

El establecimiento de la nueva línea fronteriza y la consiguiente fundación de Brownsville permitieron que durante muchos años –según las cambiantes circunstancias políticas y militares en derredor del Bravo– residiera ya en la villa mexicana ya en su gemela texana. De 1852 provienen, por otro lado, las primeras referencias documentales de sus contactos con compatriotas y colegas de Monterrey, con los que estrechó relaciones desde mediados de la década.

* Universidad Autónoma de Nuevo León.

Aunque los vínculos comerciales entre Monterrey y Matamoros sumaban muchos años,¹ un muy consistente eslabonamiento empezó a materializarse desde 1855, cuando el gobernador Santiago Vidaurri comenzó a montar un sistema regional de poder que habría de convertir la capital de Nuevo León en la bisagra militar, política, administrativa y comercial del flamante noreste. El sistema vidaurrista terminó brindando condiciones muy favorables para el aprovechamiento de una coyuntura espectacular: la gestada por la guerra de Secesión en Estados Unidos (1861-1865).² En estos cuatro años, la casa San Román cumplió funciones y servicios regionales e internacionales de primer nivel en la línea del Bravo.

Ya en la década de los setenta –reproduciendo el comportamiento de muchos enriquecidos comerciantes de origen español– incorporó parientes jóvenes a su dinámica mercantil. Mientras sus sobrinos (Feliciano en especial, Justo y Enrique) comenzaban a hacerse cargo de la firma, San Román viajó hacia los verdes montes del Cantábrico –donde se extinguía la última guerra carlista– y preparó su retorno.

El 1 de enero de 1879 la casa de Matamoros pasó a denominarse José San Román y Sobrinos. No mucho tiempo atrás, San Román había partido nuevamente rumbo a Bilbao para contraer matrimonio con Inocencia de Arsuaga.

En abril de 1879, el enriquecido comerciante del Bravo adquirió un terreno suburbano en el llamado Ensanche de Bilbao: pagó más de 42 000 pesetas al contado para habitar en el corazón del Bilbao moderno. Allí hizo construir una amplia residencia tipo chalet, con 300 metros cuadrados de “esmerada” edificación. Las referencias notariales permiten inferir que San Román murió poco tiempo después, entre octubre de 1881 y septiembre de 1882. Su edad se aproximaba a los 60 años.³

En tanto, la exitosa casa mercantil seguía operando en la árida frontera mexotexana. En los años ochenta y noventa integró a sus manejos comerciales y financieros una intensa actividad ganadera que incluyó la compra de importantes propiedades en Tamaulipas. Durante la primera década del siglo XX su nombre volvió a modificarse: San Román e Hijos. El estallido de la revolución en 1910 le causaría cuantiosos daños. Tierras y ganado fueron objeto de confiscaciones frecuentes, situación agravada por la condición de españoles que portaban sus propietarios.

¹ Le Roy Graf, “The economic history of the lower rio Grande valley”, tesis doctoral, Harvard University, 1942.

² Mario Cerutti, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX*, Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, 1983; “Aduanas, poder regional y Estado nacional en México a mediados del siglo XIX”, *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, 4 de noviembre de 1984, Madrid.

³ Cerutti, *Empresarios españoles y sociedad capitalista en México (1840-1920)*, Archivo de Indianos, Colombres, Asturias, 1995.

DEL NORTE DE ESPAÑA AL NORTE DE MÉXICO

Aunque limitada en términos cuantitativos, la inmigración española asumió durante la segunda parte del XIX un peso difícil de discutir entre los grupos propietarios y empresariales en México. Los hombres de negocios de origen hispano se convirtieron en un factor –el empresarial– de alta significación en el proceso formativo de la sociedad capitalista autóctona. Por la multiplicidad de actividades que desempeñaron, por su elevada proporción en el conjunto de los nuevos sectores burgueses y por su notoria ramificación geográfica, los inmigrantes españoles requieren ser considerados dentro de la historia económico/empresarial.

Rasgo común fue una trayectoria comercial que –como la del propio San Román– estuvo caracterizada por su perdurabilidad, por su magnitud y por su temprana relación con el crédito prebancario. Si, por otro lado, el acercamiento a la propiedad o al manejo de la tierra llegó a ser considerable, la transferencia de una porción sustancial de bienes y caudales a la industria fabril, a la agroindustria, la minería, los transportes y los servicios, resultó impactante según lo han mostrado investigaciones muy recientes.⁴ Pero se manifestaron otras aristas: *a*) en el momento de arribar a México, estos españoles solían ser muy jóvenes; *b*) el proceso formativo de capitales y de experiencia empresarial supuso muchos años, o décadas; *c*) una alta proporción de los inmigrantes provenían del norte peninsular: asturianos, vascos y santanderinos predominan entre los casos indagados.

Si nos detenemos en el norte mexicano, precisamente, habría que reconocer de inmediato que ciudades como Monterrey, Torreón y Chihuahua, puertos como Tampico, villas como las que rodeaban el río Bravo o espacios económicos en plena construcción –como la comarca lagunera– fueron fértiles centros de atracción para comerciantes y propietarios de raíces hispanas.

Quien haya recorrido ese fascinante paisaje de verdes rabiosos que se acuesta sobre el Cantábrico, desde la bellísima Asturias hasta la deslumbrante San Sebastián, no puede dejar de preguntar: ¿Cómo pudieron adaptarse a los ocres y rudos desiertos del norte mexicano, un siglo y medio atrás, los españoles oriundos del septentrión peninsular? ¿Cómo hicieron, por ejemplo, los hermanos Maiz o Francisco Armendaiz para reemplazar los alegres arroyos del monte vasco por ese escenario tórrido y hosco que rodeaba al Bravo, envuelto en guerras interminables y siempre acechado por apaches y comanches? ¿Qué fue lo que arrastró al asturiano Valentín Rivero hasta la lejanísima Monterrey, lo que llevó a Santiago Lavín desde Ampuero hasta la aún inexistente comarca lagunera, a José San Román hacia las polvorientas callejuelas de Brownsville *and* Matamoros?

⁴ *Ibid.*; Óscar Flores, *Revolución mexicana y diplomacia española. Contrarrevolución y oligarquía hispana en México, 1909-1920*, INEHRM, México, 1995.

Quizá lo más decisivo —como bien lo infirieron tiempo atrás Clara Lida, Vicente Loscertales, Pedro Pérez Herrero o Leticia Gamboa⁵ fue la esperanza de edificar en el país anfitrión, con fervor, su anhelada *fortuna indiana*. No pocos lo lograron. San Román estuvo entre ellos.

CIVIL WAR Y ALGODÓN: EN EL CORAZÓN DE LA ECONOMÍA ATLÁNTICA

Si la invasión estadounidense y las guerras intestinas mexicanas habían estimulado el tráfico mercantil por la línea del Bravo, los flujos alcanzaron una densidad descomunal⁶ entre 1861 y 1865. Durante la guerra de Secesión (la *civil war*), el sur texano y el noreste de México quedaron singularmente conectados con el mundo atlántico: constituían la salida menos riesgosa —la única— para que el algodón del Sur esclavista (la Confederación) llegara a los ávidos, insaciables mercados de la revolución industrial.

Matamoros, en la boca del Bravo —río declarado neutral por el Tratado de Guadalupe Hidalgo— vivió horas irrepetibles debido al bloqueo que soportaban puertos como Nueva Orleans, Mobile y Galveston. El cierre de Nueva Orleans hizo de La Habana otra de las grandes estaciones del algodón. Desde la colonial Cuba, como puede suponerse, los intermediarios de origen español jugaron un papel privilegiado en los circuitos de abastecimiento al Sur, función complementada con presteza por compatriotas que habitaban en el noreste mexicano.⁷

⁵ Clara Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid (incluye capítulos de Matilde Souto, Antonia Pi-Suñer Llorens, Mario Cerutti, Carmen Blázquez, Leonor Ludlow, Carlos Illades, Leticia Gamboa, Dolores Pla, Pilar Pacheco y la misma Lida); Lida (coord.), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1981; Pedro Pérez Herrero, “Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española en México: los comerciantes”, en *ibid.*; Vicente Loscertales, “El empresariado español en Puebla (1880-1916). Surgimiento y crisis de un grupo de poder” en *Capitales, empresarios y obreros europeos en América Latina*, Actas del VI Congreso de ahila, II, Universidad de Estocolmo, Estocolmo; Leticia Gamboa, *Los empresarios de ayer. El grupo dominante en la industria textil de Puebla, 1906-1926*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985.

⁶ El adjetivo lo utiliza Annie Cowling en “The civil war trade of the lower rio Grande valley”, tesis de maestría, Texas University, 1926.

⁷ Cowling, *ibid.*; Frank Lawrence Owsley, *King Cotton diplomacy. Foreign relations of the confederate states of America*, The University of Chicago Press, Chicago, 1931; Robert Delaney, “Matamoros, port of Texas during the civil war”, *Southwestern Historical Quarterly*, vol. LVIII, núm. 4, abril de 1955; William Diamond, “Imports of the confederate government from Europe and Mexico”, *Journal of Southern History*, vol. VI, núm. 4, noviembre de 1940; Le Roy, “The economic”, *op. cit.*; James Arthur Irby, “Line of the rio Grande: war and trade on the confederate frontier, 1861-1865”, tesis doctoral, Georgia University, 1969; Arthur James Mayer, “San Antonio, frontier entrepot”, tesis doctoral, Texas University at Austin, 1976; Cerutti y Miguel González Quiroga (comps.), *Frontera e historia económica*, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993; Cerutti y González, *El norte de México y Texas (1848-1880). Comercio, capitales y trabajadores en una economía de frontera*, Instituto Mora, México, en prensa.

El vasco San Román y Palacio destacó no sólo por su impresionante aprovechamiento del auge del algodón: también por su estratégica conexión con otros españoles en la misma línea del Bravo, así como en Monterrey y en La Habana. Se convirtió en uno de los grandes intermediarios de la fibra con la economía atlántica al colocarla con rapidez en puertos estratégicos, entre éstos Nueva York, la misma Habana, Burdeos, Liverpool, y Barcelona. Más aún: podía localizar en esos mismos puntos y en el norte de México los insaciables aprovisionamientos –tanto bélicos como para la vida cotidiana– que requerían los confederados en general y el propio Texas en particular. Su función resultó análoga a la de otros destacados prohombres de esta coyuntura, como Miffin Kennedy, Richard King y Charles Stillman del lado norte del río Bravo; y Evaristo Madero y Patricio Milmo al sur del mismo.⁸

Hay que recalcar que una de las tareas primordiales del vasco era servir de pivote –importador y exportador– en el gran norte centro/oriental, labor eslabonada hacia y desde el interior mexicano por un grueso racimo de colegas. Sus contactos se ramificaban con mercaderes y casas comerciales de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango y Chihuahua. Era a través de San Román que se exportaban grandes cantidades de plomo, cobre, lana, pelo y pieles (de chivo, cabra y vacuno) cuyo destino, con suma frecuencia, era Nueva York. La lana y el pelo procedían en elevada proporción de haciendas instaladas en Zacatecas, del área de Mazapil. El cobre llegaba –en planchas– desde Chihuahua.

Desde 1862, empero, el algodón comenzó a tomar una abrumadora importancia en las exportaciones encauzadas desde Matamoros. Ya en 1863 (anexo 1) los envíos de la fibra que descendía de Estados Unidos saturaban los registros. Decenas de miles de pacas fueron embarcadas en Bagdad (villorrio ubicado sobre el mar, en las cercanías de Matamoros) por gestión directa o con asesoramiento del vasco San Román.

La Habana, claro está, sobresalía como el más activo escalón hacia la economía atlántica. Resaltaba asimismo por la dinámica que asumieron en este ciclo los comerciantes de nacionalidad española. San Román, parece obvio, era su representante directo en las tierras mexotexas, a quien se le confiaban negocios importantes y de quien se contaba con las máximas garantías para inversiones en el tráfico marítimo y terrestre.

La documentación prolijamente guardada en Austin permite constatar el amplio flujo de plata que estimulaba tal eclosión comercial: en ciertos momentos alcanzaba 30% del total de remesas. La plata mexicana –tanto amonedada como en pasta– era un lubricante imprescindible para aceitar los lazos mercan-

⁸ Cerutti, “El norte de México, Texas y el comercio atlántico (1850-1875). José San Román: guerras, algodón y plata en la frontera del Bravo”, *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol. 22, núms. 1-2, enero de 1986, Berlín.

tiles con el exterior: muy apreciada en Estados Unidos y en los medios europeos, constituía además una de las claves de la circulación en el Golfo de México.

LA SAN ROMAN COLLECTION

En síntesis, San Román fue uno de los más grandes protagonistas mercantiles de la coyuntura bélica. Desde el punto de vista de la historia económica y empresarial, su caso y su documentación resultan muy apropiados para observar el comportamiento de una firma de sesgos regional/internacionales ante situaciones diversas y cambiantes: *a)* por su manera de actuar y adaptarse en tiempo de guerra; *b)* por su capacidad para operar en un ámbito económico binacional cruzado –y articulado– por el Bravo; *c)* por su conexión directa con un espacio mercantil de alta complejidad y significación: el Golfo de México; *d)* por el aprovechamiento de su condición de español para trabajar en ese nudo del Golfo que era La Habana; *e)* por sus redes hacia el norte mexicano, trama que sobre todo ejercía con compatriotas; *f)* por su telaraña de vínculos hacia Texas, peldaño final del algodón y receptor inicial de los abastecimientos de guerra; *g)* por su eficacia para eslabonar las demandas de guerra, los puertos mexicanos y La Habana, con puntos relevantes del espacio atlántico, desde Nueva York a Manchester y Barcelona.

La documentación atinente a la firma mercantil de José San Román y de sus sucesores suma más de 120 cajas. Es una excelente y vasta colección, cuyos papeles más recientes avanzan hasta los años treinta del siglo XX. La colección fue recibida y protegida por el antiguo Eugene Barker Texas History Center, que desde mediados de esta década fue integrado al Center for American History de la Universidad de Texas en Austin.

Con apoyos recibidos del Mexican Center, del Institute of Latin American Studies (ILAS) y de la Universidad Autónoma de Nuevo León, comenzamos a revisar esta fuente a principios de los años noventa. Las últimas consultas las efectuamos en 1996.⁹ Pero la riqueza del material es tal que no fue posible auscultar mucho más allá de 20%, con prioridad para dos momentos: *a)* la guerra de Secesión y la inmediata posguerra; *b)* los años 1870 a 1885.

Una porción sustancial de la colección se encuentra clasificada como *letters*, en las que existe una amplia información sobre los movimientos mercantiles y financieros de San Román y de asociados como Francisco Armendaiz, también vasco y futuro gran industrial de Monterrey. Hay, asimismo, numero-

⁹ Para las sucesivas visitas a Austin se recibió un segundo financiamiento del Mexican Center/ILAS y apoyos complementarios de CONACYT, de la Rockefeller Foundation y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

sos libros de contabilidad. Al llegar a los ochenta comienzan a aumentar las referencias a la propiedad y uso de la tierra, la ganadería y las empresas del ramo que los sucesores de San Román usufructuaron con vigor en Tamaulipas.

Como muchos otros materiales ubicados en los ricos, bien organizados y desburocratizados archivos texanos, los San Román Papers sirven –entre otras cosas– para delinear una excepcional radiografía de las actividades económicas del norte de México en la segunda fracción del XIX. Si la circulación del algodón sobresalió por la coyuntura seleccionada, bueno es insistir en que otro gran –y constante– protagonista de las redes de circulación era la plata mexicana (aunque había definido el interés de las casas mercantiles del sur texano antes de 1860, su vigencia alcanzó resplandeciente plenitud durante la *civil war*).

Casi todas las funciones cumplidas por la casa San Román a mediados de los sesenta se mantenían –aunque algunas con menor vigor– una década después. Desde Matamoros se proseguía operando con pieles, lana y plata (anexo 2) en abundantes cantidades. Los vínculos con comerciantes y firmas del norte de México continuaron siendo tan nutridos como sistemáticos. Los lazos con el mundo atlántico persistían, aunque más ramificados que en tiempos de la guerra civil. La llegada del telégrafo y –en el sur de Texas– del ferrocarril, había agilizado las comunicaciones, mejorado la información y acentuado muchos de estos vínculos.

Pero desde mediados de los setenta la documentación puntualiza algunas novedades. La primera y más obvia fue que el algodón había dejado de circular por el sur texano y por el noreste de México. Este rincón del Golfo, por tanto, ya no se mostraba como un eslabón estratégico en la enorme cadena del comercio atlántico. Como Nueva Orleans había recuperado su importancia, La Habana y sus españoles retornaron a la posición relativamente secundaria mantenida hasta 1860.

En segundo lugar ambas economías –la estadounidense y la mexicana– transitaban la reconstrucción de sus respectivas posguerras. Y si Texas se recuperaba con la mirada puesta en las múltiples demandas del vigoroso mercado nacional estadounidense, algo similar ocurría con el norte: una lenta pero firme actividad productiva se ramificaba desde el Bravo hacia el sur, avivada, sobre todo, por los requerimientos de la economía vecina que corría hacia la segunda revolución industrial.

Como en otras regiones de México, y como en el mismo Texas, los años setenta vieron operar en este ángulo septentrional al capital mercantil como prestamista. Centenares de documentos muestran a San Román en este quehacer de financista del despuntar liberal: órdenes de pago, recibos, depósitos, libranzas. La mayoría de las operaciones era realizada con papeles sin membrete, totalmente informales y casi siempre manuscritos, aunque también se encuentran documentos dotados de mayor formalidad. Funcionaban como cheques o recibos, según la operación. Todas las operaciones eran pagadas o receiptadas ya en Brownsvile ya en Matamoros. Tres ejemplos:

1) Bagdad (Tamaulipas), 15 de junio de 1875. Orden de Juan Antonio Caba-

llero sobre la casa San Román. Sin membrete, en papel común: “Sírvese usted mandar a entregar a la orden de don Fermín González la suma de diez pesos cuarenta y cuatro centavos, valor de dos medias reses para el vapor Rosita[...] cuya cantidad dejo anotada en su cuenta de crédito y la misma que servirá cargar en cuenta de don Francisco Ibáñez.”

2) Brownsville, 15 de junio de 1875. De Manuel Portela. Trozo de papel común: “Consta por el presente recibo cómo he recibido de don José San Román la suma de 300.00 (trescientos pesos plata), para gastos del buque de mi mando, llamado Joven Gabriel, según orden y por cuenta de don Juan E. Márquez.”

3) Matamoros, 3 de enero de 1875. De Genoveva C. de Catareche. Trozo de papel común: “Recibí de don José San Román la cantidad de ciento cincuenta pesos.”

Aunque las múltiples operaciones financieras de José San Román se extendían también al sur de Texas, trabajaba sobre todo en un ámbito en el que también lo hacían Evaristo Madero, Patricio Milmo, la casa Hernández Hermanos, los hermanos Maiz o su antiguo asociado, Francisco Armendaiz. La ausencia de un sistema bancario –que no habría de establecerse de manera firme hasta los noventa– colocaba a los comerciantes en el eje de las fuerzas que impulsaban al capital y al embrionario capitalismo. Los acercaba, por vías diversas, al proceso productivo y los adiestraba en términos empresariales, tanto como la misma actividad comercial. Si a todo esto sumamos que un componente humano sustancial estaba configurado por antiguos inmigrantes españoles, encontramos un paisaje exactamente opuesto a lo que en América Latina –un cuarto de siglo atrás– imaginó una historiografía tan saturada de estridencias ideológicas como alérgica a la investigación empírica.